

29. EL SIERVO PRUDENTE QUE HACE LO MANDADO

Los apóstoles le dijeron: Señor, aumenta nuestra fe. Y les contestó: Si tuvierais una fe tan grande como un grano de mostaza, diríais a esa morera: "Arráncate y trasplántate en el mar" y os obedecería.

¿Quién de vosotros, que tenga un criado en el laboreo o en el pastoreo, le dice, cuando vuelve del campo: "En seguida, ven y siéntate a la mesa", sino más bien: Prepárame de cenar, cíñete y sírvenme mientras como y bebo, y después comerás y beberás tú? ¿Debería, acaso, estar agradecido al criado, porque hizo lo que se le había mandado?

Así, pues, vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que se os haya ordenado, decid: Somos unos pobres siervos, hemos hecho lo que teníamos que hacer (Lc 17,5-10).

El santo evangelio, según San Lucas, cuenta la parábola del siervo que trabaja, cumple y hace lo mandado.

Cuando los Apóstoles le piden al Maestro: "Aumenta nuestra fe", Jesucristo, como es habitual, no responde directamente, les propone la pequeña parábola del "siervo, un tanto extraña que muestra un patrón prepotente, lleno de indiferencia y cinismo hacia sus siervos (cf. Lc 12,37). Pero, el interés de la parábola no está en el comportamiento del amo, sino en la actitud del siervo. Somete a su reflexión la postura del criado que recibe el encargo del dueño de la hacienda. Si obra bien y no por la recompensa, cumple simplemente su deber. De este modo, el auténtico discípulo de Cristo descubre que Dios es el Señor y que es bueno y necesario cumplir sus mandatos. Por lo que, al final de la tarea encomendada, comprende que no puede exigirle al dueño nada. El criado que hace su trabajo, no es más que un pobre siervo; realiza sólo aquello que debía. Jesús pone su enseñanza en la conducta del verdadero creyente, del verdadero hombre de fe, que vive en total entrega a Dios, sin cálculos ni pretensiones.

La parábola establece la auténtica relación que une al hombre con Dios por la fe, que no es la de un patrón y un asalariado. El hombre debe donarse a Dios con amor, de modo gratuito, libre y generoso. La labor del siervo se indica con el verbo griego diakoneō, servir, que en el Nuevo Testamento se aplica al servicio ministerial ofrecido a Dios y a la parroquia. La parábola enseña, que quien sirve en la comunidad cristiana no debe buscar ni exigir prestigio, dignidad o jerarquía, por hacer su función. El cumplimiento de la voluntad de Dios no es un pretexto, para reclamarle derechos ni méritos; sólo, hay que actuar y ser discípulos.

Con esta actitud de que habla el Evangelio, desaparece para siempre la concepción utilitarista de la religión. El creyente verdadero no lleva un libro con el "debe" y el "haber" en relación con Dios, sino que celebra el gozo de la salvación, que Dios quiere dar por su tarea y predicación. Son muchos, y hoy, en este ambiente relativista que nos envuelve, más aún, los que se acercan a Dios reclamando "justicia conmutativa". Piensan en un intercambio comercial. Dios tiene sus derechos sobre el hombre, por lo que puede imponer obligaciones y mandatos; si los cumplimos, debemos recibir la recompensa. Conciben la ley como imposición; suponen que el premio corresponde a las acciones realizadas y, por eso, se sienten dispuestos a exigirle a Dios la "paga". Con la postura del siervo, Jesús les expone que, en el trasfondo, hay una auténtica amistad, una confianza real y verdadera. Amigo es el que ayuda al otro, sin mediar premio o recompensa alguna; la amistad no necesita leyes o mandatos; sabe lo que agrada al amigo y lo realiza, porque sabe que merece la pena y es su deber. Así, ha de ser nuestra actuación con el Señor. Atentos, descubrimos su voluntad y la cumplimos, no estamos pendientes de premio o castigo; seguros de que Dios no llega a ser nunca nuestro deudor, por más que tratemos de cumplir hasta el final sus mandatos.

Por otra parte, Dios, y esto es de gran importancia, no está obligado a darnos ningún premio, ni ha de agradecer al hombre ningún servicio. Ahora bien, en cuanto que es amigo nuestro enciende la confianza; entendemos su providencia

por nosotros, vemos que se preocupa y nos cuida y confiamos en su voluntad y ayuda. Hecho nuestro trabajo, reconocemos que "somos unos pobres siervos"(griego: douloi ajreioi), y, sin embargo, Dios se hace nuestro amigo, nos ama mucho más de lo que nosotros imaginamos, es Padre Nuestro. La utilización del adjetivo ajreioi, "inútil", no viene a definir la relación del creyente con Dios, como la de un patrón y su esclavo, sino a asegurar que el siervo, precisamente, porque se considera "inútil", sabe que sus obras han de rechazar toda jactancia y moverse por amor a Dios. El cristiano de verdad es un sirviente que, por considerarse "inútil", no se cree con derecho ni exige una especial gratificación o beneficio alguno de parte de Dios y de los hombres, sino que vive y sirve sereno, feliz de poderse entregar, amar y sacrificarse por Dios y el prójimo, más allá de la formulación "capitalista" del "dar para que me den".

Los Apóstoles comprenden que la exigencia y el compromiso que impone el seguimiento de Jesús, precisan el andar llenos de fe. Sin embargo, Jesús no responde dándoles en ese momento una fe extraordinaria; más bien les inculca la energía infinita de la fe, que une al hombre con Dios y lo hace partícipe de su poder creador y salvador. La imagen del árbol, que se traslada al mar, enraizado con resistencia, que ni una tempestad lo podría arrancar, indica que la fe, aún cuando es pequeña, tiene una fuerza dinámica que logra cambiar el corazón y las relaciones humanas de acuerdo con los designios de Dios, así como transmite el poder de arrancar y mover un árbol o trasladar montañas.

La parábola está dirigida en particular a los apóstoles, a los que tienen algún cargo de responsabilidad en la Iglesia. Ellos, los primeros, han de practicar y saber que la verdadera "gratificación" por sus servicios es precisamente su vocación, la llamada a dedicarse a servir al Señor y a los hermanos con gozo y generosidad. La evangelización no se debe transformar nunca en rutina y en deber, sino en la principal fuente de entrega y alegría para el apóstol. La satisfacción y plenitud interior de colaborar en el anuncio del Reino es el verdadero "premio" de quienes se reconocen y viven como "siervos inútiles" que simplemente "hacen lo que deben hacer".

Esta humildad vivida expresa que nuestra práctica religiosa supera el límite de la ley y del derecho, del mérito y del premio y se interesa y entra sólo en un contexto de amor y de confianza. Por amor, hacemos lo que es bueno. Confiadamente nos ponemos al final del esfuerzo, en las manos del misterio divino, que, para nosotros, tiene los rasgos de un amigo y padre (Dios). No sabemos lo que el amigo vendrá a darnos; pero tenemos una inmensa confianza; de manera que, cuando hicimos lo que estaba encomendado, nos sentimos de verdad contentos en su compañía. Ante un amigo que nos quiere, no exigimos, no merecemos nada, pero confiamos en su amor y estamos seguros de que nos concederá mucho más de lo que creíamos; siempre el ciento por uno, siempre en derroche, en superabundancia.

Señor, danos fe, esperanza y caridad, firmes y constantes, es nuestra oración. "Pedid y recibiréis"; lo que pidáis al Padre, en mi nombre se os concederá". Dame, Señor, la humildad para saber servir sin ínfulas, con sencillez. Que crea que todo viene de tu amor gratuito, pues, soy siervo inútil; he hecho lo que tenía que hacer.

Camilo Valverde Mudarra